



Hon. ARTURO MORALES CARRION
Sub-Secretario de Estado de Puerto Rico

El Experimento Puertorriqueño

La isla de Puerto Rico posee una extraordinaria belleza natural. Desde que la contemplan por vez primera los asombrados ojos de Don Cristóbal Colón hasta los testimonios de los últimos viajeros que hoy arriban a ella, hay toda una literatura de elogio y ponderación de la hermosura de la tierra. Pero esa hermosura no da al hombre una abundancia de frutos y recursos. La estrechez económica, ha sido la regla de la vida histórica.

El primer habitante que se afincó en la isla, debe enfrentarse al reto del medio, a la aguda y clara necesidad de adaptar la vida social y económica a las limitadas oportunidades que la tierra ofrece. El hombre indígena elabora una cultura fundada en el cultivo de ciertos frutos claves: yuca, yautía y maíz. Tiene en la pesca un complemento a su alimentación. Es frugal y parco en sus gustos y necesidades. El equilibrio que al fin establece entre el medio y la vida social se funda en una cultura de muy escasos logros materiales y morales, inferior a las grandes realizaciones indígenas en

México, en el Perú, en Bolivia.

El español rompe aquel original equilibrio. Trae la inquietud, la manía adquisitiva que distingue a los pueblos occidentales. Sueña en una empresa económica de gran rendimiento, en una explotación aurífera que haga fuerte al estado y proporcione distinción y provecho al particular. Hay, desde luego consideramos, humanitarias y religiosas en el origen y desarrollo de la política real. Pero en la realidad histórica, en el diario trajín de la vida, predomina el afán de lucro, el impulso motor de aquel protocapitalismo con que Europa acomete la colonización de América.

El siglo XVI es, por tanto, un siglo de inquietos experimentos en Puerto Rico. Caparra, fundada por Juan Ponce de León en 1508, constituye el núcleo de un primer intento colonizador apoyado en la explotación aurífera. Desde la lejana España, banqueros y comerciantes italianos facilitan en buena parte los medios para la empresa metalista. Pero son pobres las posibilidades y ya para la ter-

cera década del siglo, se advierte la falla de aquel experimento.

Viene entonces la caña de azúcar, la agricultura de rendimiento comercial, el gran ensayo de una sociedad esclavista. Mas no prende tampoco por largo tiempo este otro esfuerzo del protocapitalismo europeo. Puerto Rico se convierte en fortín de vanguardia, en cosa de estrategia militar, y no en colonia de rendimiento, o factoría productiva.

Los azares históricos distinguen a la ciudad del campo. Dos fisonomías colectivas, dos modos de entender la vida en el trópico, cuajan a través de tres largos siglos. La ciudad murada, compacta y homogénea, tiene entre los rezos conventuales y los tambores del cuartel, un aspecto de urbe medieval enclavada en un peñón del Atlántico. Los fuertes simbolizan la grandeza imperial, la voluntad de dominio de España, ya a la defensiva. Mas el campo produce un estilo agreste de vida, un hombre criado a la buena de Dios, que se dispersa por el litoral y luego con el machete en la mano comienza a talar la maleza y repechar el monte.

El Siglo XIX contempla la conquista definitiva, victoriosa, de la sierra. Se multiplican los productos; el azúcar, el café, el algodón, el tabaco. Crece el cultivo de los frutos menores. Despunta una pequeña burguesía provinciana, una política de arraigo local, una literatura que capta en sus momentos de mayor acierto la estampa de la vida criolla. La ciudad comienza a derribar sus puertas y murallas y a sentir ya esa nueva vitalidad de la otra isla, ese hálito de pueblo que viene del interior.

El Siglo XX es el siglo de la colmena humana. Puerto Rico se convierte en la paradoja de América. Predomina en el Nuevo Mundo la tierra ancha, de horizonte ilimitado. Y en el enorme espacio geográfico escasea el brazo trabajador. Pero Puerto Rico multiplica sus habitantes: a mediados de siglo, dos millones de almas se apretujan sobre el terruño y lo transforman en un huerto, en un gran barrio de vecinos donde la voz humana siempre rasga el aire y no es posible la total soledad.

El pasmoso crecimiento demográfico se realiza dentro de un clima histórico en que ya comienza a advertirse el claro influjo de la Revolución Industrial. La edad del maquinismo gana primero el campo. La central azucarera incrementa su producción con complejos artefactos mecánicos. El humo de su chimenea en el valle o el litoral anuncia el triunfo de un gran capitalismo agrario, de estructura corporativa, que nutre los bolsillos de hacendado local y del inversio-

nista extranjero y trae cierta prosperidad a la clase media profesionalista.

Pero no basta la factoría azucarera como fórmula de mejoramiento colectivo. El proletariado rural plantea un problema social de vastísimo alcance. La masa del pueblo vive en montes y alcores en compañía de la adversidad. Persiste el reto que lanza la estrechez de recursos. Persiste la necesidad de buscar y establecer un equilibrio más justo y armónico entre la tierra y el hombre.

El Puerto Rico de hoy es un país donde se elabora un nuevo intento de resolver el secular problema. La adversidad crea la virtud del esfuerzo, aguza el ingenio, estimula una dinámica social que en la vida política y económica no se conforma con ninguna fórmula colonialista, de un pasado en trance de total liquidación. La insatisfacción puertorriqueña rechaza el desaliento, el fatalismo, la pasividad. La vida colectiva tiene una vibración nerviosa, una energía visible que contrasta con la placidez del paisaje y la imagen tradicional del dulce far niente del trópico.

Puerto Rico busca hoy su equilibrio dentro del industrialismo moderno, dentro de una democracia de masas, dentro de un régimen de libertades concretas que haga posible la crítica de ideas, métodos, instituciones y hombres. De ahí que se acentúe ese carácter paradójico de su vida cuando se confronta al país con otras zonas de América. Si la teoría del estado preconiza como forma ideal la república de independencia aislada, de tipo presidencial celosa del cultivo casi fetichista de su total soberanía, Puerto Rico insiste en formular una teoría de asociación que no acepta soluciones estáticas y definitivas para el problema del estado. Si en otras partes la realidad de la vida política reconoce en el ejército a la fuerza dominante que crea y tumba regímenes, en Puerto Rico el ejército combate el nazismo en Europa y al comunismo en Corea, pero dentro del país es el jíbaro, el campesino sabio e iletrado, el que quita y pone gobiernos con su voto. Si la escasez de recursos materiales condena aparentemente a la isla a un régimen agrícola, a un nivel de subsistencia, de gran frugalidad, el pueblo puertorriqueño se empeña en salir del atolladero creando con su abundancia de brazo una sociedad industrial en pleno trópico, en abierta contradicción con la teoría y la experiencia históricas.

Triunfe o fracase ese empeño, Puerto Rico es un pueblo que vive en última instancia, de su propia y desbordante energía interna, de su plena voluntad de ser.